

LA CUCHARADA DEL OLVIDO

La mente de Fernando era un cajón de sastre. En ella se entremezclaban las risas de sus nietos, el sonido de las cucharas tropezando contra los platos de sopa, la voz de su hija, cada vez más cansada, y los desestructurados recuerdos que estaban en su cabeza como las piezas de un rompecabezas sin hacer. Fernando estaba postrado en un sofá desde hacía años. A menudo su hija lo tenía que atar para que no se pudiese en peligro. Fernando sufría; hacía mucho que había perdido la cabeza. Su hija también sufría; veía a su padre, postrado en el sofá, con la mirada columpiándose en el vacío. A la mente le venían retazos de su vida, los más antiguos; veía el ir y venir de los trenes desde su puesto de guardavías. El ir y venir de un viaje era lo que le quedaba de la vida. Iban y venían los trenes. Los pitidos de la estación cada vez eran más ensorcedores. Se le había olvidado el nombre de sus nietos y sus caras. Su hija le daba las cucharadas de sopa con la poca paciencia que aún le quedaba. Cada cucharada de sopa por un recuerdo. “Ésta por tu nieto Javier”, le decía y Fernando la tomaba sin saber quién era Javier y qué significaba la palabra nieto. “Ésta por mí, tu hija María” y Fernando la tragaba sin saber quién era María y qué era eso de ser hija. Sólo tenía en su cabeza, cajón de sastre, el pitido de la estación, las idas y venidas de los trenes, el sonido de las cucharadas contra el plato, las risas de los niños. “Y ésta por ti, papá Fernando” Y Fernando tragaba su última cucharada, sin saber qué era lo de ser papá y quién era Fernando.

Tragaba la última cucharada que le había deparado la vida: la del olvido; la cucharada más amarga de un ser humano: no saber que existe.